

Los extranjeros y el origen del liberalismo mexicano

Anne Staples*

Resumen: El presente ensayo plantea el importante papel que tuvo, a partir de la independencia, la creciente presencia de extranjeros en la difusión de nuevas ideas y actitudes en los diversos sectores y grupos de población. La convivencia con gente con distintas creencias, costumbres y convicciones motivó un cambio decisivo en la mentalidad de una población antes limitada a la creencia tradicional de que sólo existía un medio (el providencial, representado por la ortodoxia católica) de realizar el destino del hombre. Este cambio fomentó en especial la difusión del liberalismo, doctrina basada en la iniciativa y en los intereses materiales.

Abstract: This article analyzes the important role of foreigners while spreading new attitudes and ideas on different population groups since Mexican independence. Coexistence of people with different customs, beliefs and convictions produced a decisive change in the understanding of a population which previously lived under a traditional belief, the existence of only one way (the providential, represented by the orthodox catholic church) to achieve men's destiny. This change improved the spreading of liberalism, a doctrine based on individual initiative and material interests.

Antes de que circularan por la República Mexicana las ideas y las actitudes que identificamos hoy en día como características del liberalismo decimonónico, se fue infiltrando en la colonia una nueva mentalidad. Alrededor de 1750 algunas ciencias, en particular la física moderna, empezaron a experimentar con nuevos métodos para adquirir conocimientos y con textos innovadores que abrieron los horizontes intelectuales, contribuyendo con ello a crear costumbres que se acomodaran más a la vida secular.

Los comienzos de la Ilustración, paso obligado hacia el liberalismo, han sido rastreados en la Nueva España hasta lugares y personajes insospechados. El historiador José Miranda encontró sus huellas en el equipaje de los viajeros que con sigilo introducían en el país los libros prohibidos por la Inquisición. Se percató de indicios sutiles en las modas promovidas por sastres, peluqueros, relojeros y mú-

* El Colegio de México

sicos europeos y en el gusto de los cocineros franceses que acompañaban a las altas autoridades eclesiásticas y civiles durante su permanencia en tierras americanas (González, 1: 16). También escuchó el eco de las conversaciones habidas entre los oficiales del ejército formado para reprimir destellos individualistas de súbditos revolucionarios (Miranda: 22-30). Algo tenían en común estas manifestaciones de un movimiento ideológico renovador y esperanzado en el progreso humano surgido a mediados del siglo XVIII: venían de allende el mar.

Aunque la Ilustración no fue un movimiento originario de la Nueva España, echó raíces profundas en ciertos sectores de la población, como el de los vascos. Sus esfuerzos por extender la Ilustración y sus postulados, la creación de las Sociedades Vascongadas de Amigos del País o Sociedades Económicas, como también se les llamaba, que agrupaban a los individuos de actitudes más modernas y progresistas del imperio, así como la gran pujanza de sus empresas, demuestran su compromiso con estas metas. Los vascos tuvieron un fuerte impacto en la difícil tarea de arrastrar tanto a España como a su más rica colonia hacia el racionalismo, el bienestar y la aceptación del valor del individuo (Garritz). Dejaron fértil la tierra sobre la cual caerían las semillas del liberalismo unas generaciones después.

Hay un paralelo en el origen foráneo de la Ilustración y del liberalismo. Éste también llegó a la Nueva España por conductos varios y de tierras lejanas. Excelentes historiadores como Charles Hale han identificado las definiciones y los objetivos del liberalismo, de modo que sus deudas intelectuales y la influencia que tuvieron en México son conocidas. Lo que se ha considerado poco es la influencia que tuvieron los extranjeros, cuya presencia en el México recién independizado aumentó enormemente en comparación con los siglos anteriores. Éstos contribuyeron a la creación de una nueva manera de pensar y de organizar la sociedad aun cuando no dejaron testimonios concretos de su impacto en el ambiente social o intelectual de aquel entonces.

Que algunos mexicanos tuvieran que aceptar nuevas situaciones y vencer el miedo a las innovaciones y a las novedades es un hecho que evidentemente se aceleró con la presencia de extranjeros en México. La Ilustración, igual que el liberalismo, se difundió más en el ámbito informal que en el académico. Éste fue una versión modificada de la Ilustración, hecha sobre la misma base pero con mayor énfasis en el papel del individuo en la sociedad. El liberalismo tomó un matiz secular que, si no lo volvió totalmente anticlerical, sí lo llevó a adoptar una actitud crítica hacia la Iglesia, como tradición y como corporación.

En este trabajo trataré de precisar cómo reaccionaron los grupos o individuos que no habían tenido trato con forasteros. Intentaré hacer un pequeño mues-

treo de los extranjeros llegados a México durante los primeros años de independencia, para relacionar su presencia con el interés creciente por las libertades individuales, la formación de una opinión pública por medio de la prensa, la exaltación de la propiedad privada, los esfuerzos por imponer la tolerancia religiosa y por crear una política de inmigración más liberal.

El liberalismo subraya el valor del individuo y no del grupo. La sociedad novohispana se había dividido en etnias, cofradías, pueblos, grupos familiares y castas delimitadas teóricamente hasta en la proporción de los componentes sanguíneos: mestizos, mulatos, lobos, salta pa'atrás. El encontrarse con hombres que no encajaban en las categorías tradicionales o antiguamente temidas, como protestantes o judíos obligaba, por lo menos a algunas personas, a admitir la existencia de seres distintos a quienes se tenía que respetar, tal como predicaba la declaración francesa de los derechos del hombre, pilar del liberalismo.

Había una corriente de opinión favorable a los extranjeros, tanto entre hombres de ideas conservadoras como Lucas Alamán, como entre los liberales más radicales como Lorenzo de Zavala. Tenían en común un interés por promover la colonización, término íntimamente ligado con la inmigración en esos años. Todos los políticos querían crear riqueza y el mejor método para ello, pensaban, era atrayendo mano de obra calificada de Europa. Por definición, decían, un país fuerte era rico y bien poblado. Gobernar era poblar, aunque fuera (o especialmente) con gente nacida en otras tierras. Durante las primeras décadas de independencia se pensó en la inmigración como en una manera de impulsar la economía, pero no en el cambio de mentalidad que su presencia pudiera conllevar al entrar en contacto con la población mexicana. Después de la guerra de Reforma se perdió este consenso y los liberales acusaron a los conservadores de estar en contra de la inmigración y, en consecuencia, en contra del progreso. Los conservadores vieron en una inmigración indiscriminada, no católica, una amenaza a la hegemonía de la Iglesia y una política para fortalecer el Estado liberal a expensas de las instituciones tradicionales.

Para analizar el papel que desempeñaron los extranjeros en el cambio de mentalidad etiquetado con el nombre de liberalismo, habría que definir este término. En el contexto que se emplea aquí significa destacar al individuo como actor principal, y tal vez único, frente al Estado, sin la intermediación de grupos (étnicos, comunitarios, laborales, clasistas o regionales). Significa buscar la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley; su corolario era la destrucción de corporaciones que representaban los intereses de sus agremiados como conjunto y que captaban su lealtad en primera instancia, cuando lo que buscaba el Estado liberal era captar esa lealtad directamente para sí.

El segundo paso es identificar a quienes compartían estas actitudes y actividades. Éstos formaban dos grandes grupos: el de los mexicanos cuyo oficio les desarraigaba de sus comunidades, así como los influidos por ideas llegadas de fuera, como los masones; y el de los extranjeros, cuya variedad y número no se había visto jamás en suelo mexicano. Entre éstos había ante todo comerciantes. Junto con ellos llegaron mineros, diplomáticos, naturalistas, aventureros y uno que otro no católico. Su sola presencia, aunque no hubieran opinado acerca de ningún tema, era suficiente para influir en el concepto que las personas con las cuales entraron en contacto tenían del mundo exterior.

Entre los mexicanos del primer grupo, los contrabandistas y los arrieros eran ferozmente individualistas; atravesaban todo el país pasando la mitad del año o más fuera de sus lugares de residencia y lejos de sus familias. Portadores de noticias y de novedades, eran la sangre de las arterias nacionales. Rudos, avispados, tenían la capacidad de ajustarse y de acomodarse a situaciones novedosas, pues de esa capacidad dependía su sobrevivencia.¹ Los mineros constituían otro grupo caracterizado por su rudeza, su habilidad para internarse en las zonas más inhóspitas y aisladas del país, su religiosidad poco ortodoxa, su vida despilfarradora. Sumamente individualistas, celosos de secretos como la localización de los yacimientos mineros, estaban acostumbrados a vivir solos, sin dueño, sin lealtades más allá de sus propios sueños. Especialmente los gambusinos o buscones estaban hechos a la idea de dejar transcurrir su existencia fuera de la sociedad, junto a sus minas, en donde una familia difícilmente sobreviviría. Se encontraban fuera de los cánones sociales, no se agrupaban en gremios, eran reacios a los dictados del gobierno (nada más hay que recordar sus levantamientos ante el incremento de impuestos; la expulsión de los jesuitas en 1766 y 1767 y la primera huelga de mineros en América Latina, en Pachuca). Estaban muy lejos de seguir el modelo tradicional español de familia asentada y civilizada, citadina, que promovían en México el Estado y la Iglesia desde los tiempos de las congregaciones forzadas de comunidades rurales, en el siglo XVII. A estos hombres que emigraban de real en real, por su misma naturaleza no se les intentó reducir a grupos más fácilmente controlables.²

Entre los extranjeros que constituían el segundo grupo había varios mineros que llegaron a México a raíz de la declaración de Independencia. Los alemanes eran frecuentemente protestantes, practicaban su religión en privado pero con el obvio conocimiento de sus empleados y vecinos. Otro grupo importante lo con-

¹ Nada más hay que pensar en la novela de Inclán, *Astucia, o los hermanos de la hoja*, o en la de Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frío*.

² Desde tiempos de la colonia las cuadrillas de plebe iban de mina en mina (Wood, Staples). Quien habla del despilfarrador es Sartorius.

figuraban los ingleses que se distribuyeron en los reales de los estados de México, Oaxaca, Jalisco, Guanajuato y Zacatecas (Ward). Sus prácticas religiosas diferían tan notablemente de las del país, que aun cuando eran católicos se les consideraba herejes. De hecho cualquier extranjero adquiriría este epíteto. El mineralogista alemán Joseph Burkart observó que había un fuerte odio hacia los extranjeros y que los curas habían enseñado a sus fieles a renegar de ellos: “Las palabras judeo, hereje, inglés, extranjero fueron alguna vez utilizadas por el populacho como sinónimos de blasfemias” (citado en Turner y von Mentz: 388). Convencerlos de lo contrario fue parte de la educación informal que insensiblemente tuvo lugar con la llegada de fuereños que pudieron demostrar, con el tiempo, que eran también hombres y mujeres como los demás.

Los acontecimientos a veces obligaban a los mexicanos a cuestionar sus propias creencias culturales. En 1825 hubo una epidemia de sarampión y el ministro plenipotenciario inglés Henry George Ward donó mil pesos para la curación de los pobres, generosidad que no fue imitada por los católicos. A partir de este hecho el muy leído panfletista Fernández de Lizardi escribió: “¿qué debemos pensar de este protestante que sí ayuda, frente a los nuestros que dan la espalda al sufrimiento del hermano?”³ El sólo formular la pregunta hubiera sido impensable en tiempos de la Inquisición, de muy reciente memoria.⁴ El incidente daba a entender que los extraños, los otros, incluso podían tener mayores virtudes que los “nuestros”, educados en el seno de la Iglesia y obligados a practicar la caridad. Se iba venciendo la resistencia inicial a lo novedoso, a lo extranjero, a lo previamente condenado al ver la reacción de los ingleses, de los alemanes, de los estadounidenses y de otras nacionalidades ante los sinsabores de la vida.

El conocimiento del mundo más allá de la patria chica aumentaba con la presencia extranjera, se modificaban opiniones y se corregían prejuicios tradicionales. El viajero inglés George Lyon contó que él fue el primero de su nacionalidad que vieron las monjas de Santa María de Gracia, Guadalajara, y que el hombre que le acompañaba en su visita al convento

les informó gratuitamente de que [por ser judío] yo tenía —según se cree de los judíos por mucha gente del campo!— cola, cosa que las reverendas hermanas creyeron al parecer; una de ellas preguntó, muy vivamente, si las colas de los herejes se les caían al convertirse a la fe católica (Ignuiniz, 1: 37; citado en *Historia de Jalisco*, III: 19).

³ Puede ser que hayan sido cuestionables los motivos que generaron el donativo, pero lo que importa es la interpretación que le dio el autor (Lizardi: 405-406).

⁴ La Inquisición fue abolida en Nueva España entre 1813 y 1814, y definitivamente a partir de 1820.

Los comerciantes extranjeros causaron enfrentamientos diplomáticos y legales no sólo con su tránsito por tierras mexicanas, sino con su muerte. ¿Qué hacer en un país cuya constitución prohibía el ejercicio de cualquier religión que no fuera la católica romana, con los cadáveres de los ingleses que murieran en suelo mexicano?⁵ Esta duda retrasó la firma del Tratado de Amistad, Comercio y Navegación un par de años. Por lo menos un muerto fue enterrado en el jardín del primer *chargé d'affaires*.⁶ No quedó más remedio que aceptar, aunque fuera a regañadientes, la formación de un cementerio inglés para los protestantes que por serlo no pudieran ser enterrados en camposantos.

Para medir el impacto de la alteridad, del otro, de lo diferente, habría que saber cuántos extranjeros se encontraban en México. Su vida cotidiana, sin necesidad de hacer proselitismo, era suficiente para alertar a la población acerca de la existencia de formas distintas de ser. Un vistazo al catálogo del *Ramo Pasaportes* (AGN) arroja un saldo interesante. A partir de 1824 llegaron a tierras mexicanas extranjeros cuyos apellidos denotan un origen no latino y, en consecuencia, una procedencia cultural distinta a la predominante en aquel entonces. David Allen, Eduardo Cochices, Carlos Espita de Bremen, Robert Manning, Guillermo Netherall, James Pawes, Arturo Wawell, George Winterbottom son apenas algunos de los nombres que aparecen en ese año. En 1825 empezaron a desembarcar los mineros alemanes e ingleses. Otro dato es el número de pasaportes expedidos. Fueron unos dos mil nada más entre 1824 y 1826 (*Ramo Pasaportes*, AGN). Si se toma en cuenta el hecho de que la Corona española había restringido en gran medida el ingreso de extranjeros a su colonia, esta nueva libertad de movimiento y de tránsito significaba un rompimiento importante con el pasado.

Otro indicio del gran número de extranjeros que había en México inmediatamente después de la Independencia se encuentra en los archivos de notarías. Los nombres allí localizados pertenecen a hombres que hacían más que simple turismo. Radicaban en México el tiempo suficiente como para volverse hombres de negocios y registrar sus transacciones en los protocolos notariales. Durante el año de 1829 y a pesar de la expulsión de españoles decretada el año anterior, la mayoría de los extranjeros que firmaron protocolos ante un notario, unos 176, fueron peninsulares, más 38 franceses y unos 5 latinoamericanos. Pero las cifras de anglosajones son todavía más llamativas. El grupo más numeroso y que mayor impacto pudo haber tenido en la imaginación popular fue el de los ale-

⁵ El Artículo Tercero de la constitución de 1824 decía: "La religión de la nación mexicana es y será perpetuamente la católica, apostólica y romana. La nación la protege por leyes sabias y justas y prohíbe el ejercicio del cualquier otra".

⁶ Ward describe el incidente.

manes, con casi 40 representantes.⁷ Había unos 30 ingleses e irlandeses y cerca de 25 estadounidenses, o sea casi 100 ciudadanos de países con tradiciones culturales y religiosas muy distintas de las mexicanas. Este grupo, según información sacada de las guías de protocolos, se dedicaba al comercio, a la explotación de minas, a la colonización y firmaba documentos relacionados con hipotecas, testamentos, formación y disolución de compañías, protestas de letras, contratos de avío, concesión de tierras y de negocios, poderes generales y cobro de deudas y herencias, otorgamiento de fianzas, en fin, las mismas transacciones legales que hacían los nacionales (Potash: 236-245).

Entre 1810 y 1840 se fundaron en la ciudad de México más de 20 casas comerciales alemanas, muchas de las cuales se transformaron y siguieron funcionando con otros dueños durante décadas.⁸ Emplearon un número considerable de connacionales, así que su presencia se tuvo que sentir en la capital del país y en las ciudades con sucursales. Éstos actuaron como bancos, como inversionistas en minas, en la industria, en fábricas de cerveza, en sombreros, en muebles finos, en pianos, en el comercio internacional y en ventas al menudeo.

Para estudiar el impacto de estos extranjeros y buscar una posible relación con los orígenes del liberalismo se tendrían que examinar las actividades individuales de algunos de ellos y ver en qué regiones del país las desempeñaban. Varios visitantes apuntaron en sus memorias que les parecía ver en el semblante de los mexicanos una gran sorpresa ante su presencia. Decían que era sin duda la primera vez que éstos habían visto un blanco o un pelirrojo, de allí el desconcierto de los observadores nacionales.

El impacto que tuvieron los visitantes de fuera se podría medir con varias escalas, por ejemplo: lo aislado de la región y consecuentemente la poca frecuencia de visitas de europeos; la duración de la estancia del extranjero, que a veces se extendía a décadas; y lo extraño de sus costumbres en el contexto local.

Entre estos casos está el del botánico suizo Juan Luis Berlandier, quien murió en Matamoros, Tamaulipas, en 1851. Durante tres años, a partir de 1826, viajó por San Luis Potosí, Nuevo León y Coahuila, antes de internarse en Texas, estado que recibiría sus despojos mortales.⁹ La zona norte del país era la que más contacto tenía con los extranjeros por su proximidad con los Estados Unidos, de modo que

⁷ Resulta problemático hablar de alemanes en esta época con un sentido actual. No se trata aquí de grupos humanos en relación con una unidad nacional, puesto que Alemania, hasta 1867, estaba formada por una diversidad de pequeños reinos con grandes tensiones entre sí; se trata de una unidad mantenida a través del idioma común, el alemán, así como de algunos rasgos culturales afines" (Turner y von Mentz: 365).

⁸ Ver el "Directorio de establecimientos comerciales e industriales en manos de alemanes en la ciudad de México", en von Mentz, Radkau, et al.: 447-470.

⁹ Fue coautor del *Diario de viaje de la Comisión de Límites, México, 1850*, de modo que, obviamente, participó en sus trabajos (*Diccionario Porrúa*).

la larga estancia de Berlandier no impactó tanto como si hubiera viajado por el centro. De todos modos, San Luis Potosí era una zona fronteriza en aquel entonces y la presencia de un extranjero que estudiaba la flora de la región podía haber apoyado el afán ilustrado de descubrir y de cuantificar el mundo natural.

Algunos extranjeros no se conformaban con tener sólo una influencia superficial o incluso circunstancial dentro de la sociedad mexicana. El minero alemán Eduard Harkort llegó contratado para trabajar en la Mexican Company — compañía minera inglesa— en Oaxaca, pero en 1832 se adhirió a la causa liberal y peleó en contra de los picaluganos, Anastasio Bustamante y Lucas Alamán. Había sido ayudante personal de Antonio López de Santa Anna, pero cuando éste se volvió conservador huyó a Texas, en donde murió en 1834.¹⁰

Seguramente hay otros casos de extranjeros que participaron directamente en los procesos políticos y sobre todo en los bandos de ideas liberales o modernistas. El caso más renombrado sería el de Joel R. Poinsett, el primer ministro plenipotenciario estadounidense en México, cuyas actividades públicas fueron tan notorias que ameritaron su expulsión del país. Tampoco se ha olvidado su papel en la formación de la Logia Yorkina en México, hervidero del liberalismo exaltado del periodo. Al mismo tiempo, no sería justo dejar de lado a la parte contraria, la presencia y los escritos de alguien como el austriaco Isidoro Löwenstern, cuya obra sobre México exaltaba la religión y las virtudes de los españoles para contrastarlas, en términos negativos, con el republicanismo y el liberalismo, “principales males” de México (Covarrubias: 31). Obviamente hubo de todo. Los extranjeros no participaban de una sola corriente política ni filosófica.

Otra categoría de extranjeros radicados en el país y que puede aportar pistas para rastrear los orígenes del liberalismo mexicano es la de los revolucionarios exiliados de su tierra natal. Mathieu de Fossey huyó de Francia después de participar en la revolución de 1830; el arquitecto Eduard Mühlentpfordt vino a trabajar con la ya mencionada Mexican Company en Oaxaca después de participar “activamente en los movimientos nacionales y subversivos de las dos primeras décadas del siglo XIX en Alemania” (Covarrubias: 50). Amigo de Harkort, no tuvo escrúpulos en aceptar un puesto público por parte del gobierno de Oaxaca y expresar sus ideas profederalistas.¹¹ Fue nombrado director de la empresa que trataba de construir un camino entre Tehuacán y Oaxaca, de modo que tuvo mu-

¹⁰ Las reflexiones de Harkort se publicaron en 1858 en una obra titulada *Aux mexikanischen Gefängnissen*, editada por Gustav Kuhn en Leipzig (Covarrubias). Los picaluganos eran los que habían aprobado el encarcelamiento de Vicente Guerrero, acto de traición pagado posiblemente por Alamán, llevado a cabo por el capitán de barco, el italiano Picaluga. Posteriormente a su captura, Guerrero fue fusilado.

¹¹ El autor recuerda que a los europeos se les hacía “oportuno y fructífero participar en los conflictos políticos de México en forma activa”. Además, ambos tuvieron “que salir del país por su abierta actividad en el área pública” (Covarrubias: 52-54).

cho trato con los indígenas de la zona. Les tuvo aprecio y habló con bondad de su cultura y de sus costumbres. Es probable que ellos, a su vez, aprendieran algo de él. Carlos Sartorius fue otro alemán que estuvo involucrado en su país con grupos estudiantiles rebeldes, pero no se inmiscuyó en la política mexicana. Sin embargo sus proyectos utópicos eran reflejo de sus inclinaciones políticas anteriores. Participó desde su juventud en actividades para fomentar el nacionalismo, el cual se manifestaba en el proyecto de transformar la antigua forma de Estado en otra que fuera de acuerdo con los principios revolucionarios de igualdad y democracia. Además fue acusado de promover una rebelión campesina (Covarrubias: 96-97). Desde luego, su experiencia anterior influyó en su manera de ser y de pensar, y su decisión de venir a México de alguna manera muestra su ideal de vida con un fuerte sabor liberal y utópico, resultado de sus inquietudes originales.

Sartorius deseaba que su colonia fuera un círculo de amigos en un bello lugar, con rústicas ocupaciones, con formas de convivencia dictadas por la propia voluntad y no por la presión de la costumbre y de la conveniencia y que permitieran "el desarrollo de la individualidad" (Wilhelm Pferdekamp, citado en Covarrubias: 98, 113). Las ideas liberales promovían la libertad individual en su máxima expresión.

Dentro de este mismo grupo de revoltosos juveniles se encuentran otros dos mineros alemanes, el contador de la Compañía de Minas Alemana, Friedrich Grube y sobre todo Wilhelm Stein, cuya familia tendría gran importancia en el beneficio de metales en el Estado de México durante tres cuartos del siglo XIX (Covarrubias: 98). Su influencia fue mayor, pues la convivencia fue más larga. La familia Stein radicó durante unos 75 años, con su propio cementerio, en la hacienda de beneficio de metales Los Arcos (Staples: 217-222). Hubiera sido imposible que sus socios a lo largo de tantos años no observaran el empuje, el individualismo y la disciplina de esta familia, portadora y reproductora de la ética del trabajo protestante.

Al hacer un balance de la influencia que tuvieron los primeros extranjeros llegados a México después de la Independencia, pienso que su presencia obligó a los mexicanos que estuvieron en contacto con ellos a reconocerlos como semejantes, fueran protestantes o judíos o no practicaran el catolicismo en su variedad mexicana, y significó un abanico de costumbres y de valores mayor que el habido en tiempos coloniales, lo que conllevó al desarrollo de criterios más amplios. El reto de entender a los recién llegados o de saberlos tratar hacía necesaria una mentalidad abierta que era característica de lo ilustrado y, por extensión, de lo liberal. Además, la presencia extranjera influyó en la manera de entender el papel del

individuo en la sociedad, sobre todo con el arribo de hombres con experiencias revolucionarias en sus países natales.

Por mucha influencia que pudieran haber tenido los extranjeros durante los primeros años del México independiente, tampoco hay que darles un peso desmedido. Sin duda la sociedad mexicana quiso buscar su propio camino, sin interferencias. La negación de la experiencia colonial, las numerosas expulsiones de peninsulares¹² y el resentimiento provocado por las cinco intervenciones extranjeras en el siglo XIX restaron atractivo y simpatía a los elementos de fuera. Aún así, el liberalismo se impuso, por lo menos en los círculos oficiales y en los ambientes urbanos, y entre sus múltiples orígenes están seguramente las costumbres, los valores, las actitudes, los estilos de vida, la religión, la manera de hacer negocios y el concepto del tiempo y del dinero, de la ola de extranjeros que llegó a tierras mexicanas en las primeras décadas de su conformación como Estado-Nación.

Bibliografía

Covarrubias Velasco, José Enrique

1989 *México, país y gente, según tres autores alemanes del siglo XIX. Las obras de Landeskunde de Mühlentfordt, Sartorius y Ratzel*, Tesis de licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

Fernández de Lizardi, José Joaquín

1995 "Generosidad de los ingleses y baile benéfico a los apestados", en "XIII folletos (1824-1827)", *Obras*, UNAM, México.

Fossey, Mathieu de

1994 *Viaje a México*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Colección mirada viajera, México.

Garritz, Amaya (compiladora)

1996 *Los vascos en las regiones de México, siglos XVI-XX*, 2 volúmenes, UNAM, Ministerio de Cultura del Gobierno Vasco, Instituto Vasco-Mexicano de Desarrollo, México.

González Navarro, Moisés

1993 *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero 1821-1970*, volumen 1 (1821-1867), El Colegio de México, México.

¹² Nada más hay que recordar la expulsión, por distintas razones, del médico catalán Manuel de Codorniu en 1825; los españoles a partir de 1828; el ya mencionado Joel R. Poinsett en 1829; el matemático francés Lissaute, y los que estaban "en el caso" en 1833.

Hale, Charles A.

1972 *El liberalismo mexicano en la época de Mora, 1821-1853*, Siglo XXI Editores, México.

Ignuiniz, Juan B.

1981 *Guadalajara a través de los tiempos. Relatos y descripciones de viajeros y escritores desde el siglo XVI hasta nuestros días*, 2 volúmenes, Banco Refaccionario de Jalisco, Guadalajara, 1950, citado en "De la primera república centralista a la consolidación del Porfiriato", *Historia de Jalisco*, Gobierno de Jalisco, Guadalajara.

Miranda, José

1995 *Humboldt y México*, UNAM, México.

Potash, Robert A.

1982 *Guide to the notarial records of the Archivo General de Notarías, Mexico City for the year 1829*, Amherst, Massachusetts.

Sartorius, Carl Christian

1990 *México hacia 1850*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

Staples, Anne

1994 *Bonanzas y borrascas mineras, el estado de México, 1821-1876*, El Colegio Mexiquense, Zinacantepec.

Turner R., Guillermo y Brígida von Mentz

1982 "Ideología de la clase dominante mexicana y del grupo alemán sobre la inmigración y colonización europea de México en el siglo XIX (1823-1874)", en Mentz, Brígida von, Verena Radkau, Beatriz Scharrer y Guillermo Turner R., *Los pioneros del imperialismo alemán en México*, Ediciones de la Casa Chata, número 14, México.

Ward, Henry George

1981 *México en 1827*, Fondo de Cultura Económica, México.

Wood, Stephanie

1984 *Cooperate adjustments in Colonial Mexican Indian Towns: Toluca region, 1550-1810*, Tesis de doctorado, University of California, Los Angeles.

1995 *Diccionario Porrúa: Historia, biografía y geografía de México*, Editorial Porrúa, México.

1980 *Ramo Pasaportes. Guías y catálogos*, Archivo General de la Nación, número 35, México.